

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL AZUAY

**universidad
verdad 27**



**UNIVERSIDAD
DEL AZUAY**

LA EDUCACIÓN, ENTRE LA VIOLENCIA Y LA CULTURA

Oswaldo Encalada Vásquez
Doctor en Lengua y Literatura

ISSN 1390-2849
revistas.uazuay.edu.ec - open@uazuay.edu.ec

HUMANISMO Y ANTROPOLOGÍA

BREVE OJEADA A LA CONDICIÓN HUMANA

La violencia y la virtud

Así como un mismo terreno puede nutrir plantas alimenticias y plantas venenosas, así también una misma raíz lingüística puede engendrar dos vertientes significativas totalmente distintas. Esto ocurre con las palabras violencia y virtud. Las dos tienen significados muy distintos y hasta opuestos; pero las dos se nutren de la misma raíz latina, las formas *vis - vir*, que significan fuerza física, vigor, energía, potencia. Para los romanos la palabra *virtus* era la personificación humana del valor en la guerra. Por eso es frecuente encontrar en el poema del MIO CID, por ejemplo muchas expresiones como esta: “por la virtud de su espada, por la virtud de su brazo”.

Actualmente la palabra violencia tiene una connotación negativa siempre, como sinónimo de atropello, de acto desordenado y ofensivo. En cambio la virtud tiene un significado moral positivo; pero tiene, además, un significado de fuerza y capacidad de obrar, como cuando decimos que una planta determinada tiene la virtud de curar la tos.

Y no solo en latín (y por tanto en español) podemos encontrar estas raíces. En griego, por ejemplo, tenemos la palabra *pharmakon*, que significa veneno o medicina. Igual cosa ocurre en quichua con la palabra *jambi*, que es la traducción exacta de la palabra griega anterior.

De modo que hay un trasfondo común a la violencia y a la virtud, y ese trasfondo significativo es la capacidad de ejecutar alguna acción.

Las mil y un formas de violencia

La vida humana (social, por lo tanto) está llena de pequeñas o grandes acciones de violencia. Quizá el hecho de que muchos seres humanos vivan ahora en grandes aglomeraciones (ciudades) hace que sea inevitable que la acción deliberada o no de uno afecte a otros. Es ahí donde aparecen las formas de violencia. Pero históricamente también podemos encontrar distintas formas de agresión. Hay la agresión interpersonal, cuando una persona ofende o molesta a otra. La agresión religiosa, cuando, en nombre de una fe se ataca al enemigo (¡y cuántas víctimas ha conseguido la intolerancia religiosa!) porque no cree como uno o porque se aparta en la investigación. El humo de las hogueras de la inquisición todavía no se disipa en el horizonte.

Hay la agresión interracial, hecho que podemos constatar en cualquier página de la historia humana. Si el otro es diferente en color, en contextura, parece que deja de ser humano en la misma categoría que somos nosotros, o si es que se le reconoce el estatuto humano, tendrá alguna diferencia moral o de otra suerte. Recordemos el debate español sobre si los indios finalmente tenían o no alma. Es decir si eran o no enteramente humanos, como los europeos.

En el DICCIONARIO DE AUTORIDADES encontramos una muestra precisa de esta percepción del otro (en términos raciales) como menos humano:

“Hombre Blanco, Mujer Blanca. Lo mismo que persona honrada, noble, de calidad conocida: porque como los negros, mulatos, berberiscos y otras gentes que entre nosotros son tenidos por baladíes y despreciables, carecen regularmente del color blanco, que tienen casi siempre los europeos: el ser hombre blanco o mujer blanca se tiene como por una prerrogativa de la naturaleza, que califica de bien nacidos a los que la poseen”.¹

Hay también la violencia política (cárcel o destierro para la oposición, y en situaciones más drásticas, el paredón), la violencia

ideológica, la violencia social, la que se vive todos los días en la sociedad moderna, tan llena de desigualdades: gentes que viven en la opulencia y gentes que viven en la mendicidad y en la marginalidad; y una forma un poco menos visible: la violencia en el hogar. Es la razón para que se hayan creado comisarías especiales para la mujer y la familia.

La lengua y la exclusión

Es muy frecuente que algunas culturas, por medio de su lengua, excluyan, al que no habla su idioma, de la condición humana. El otro, por articular una serie de sonidos incomprensibles, debe parecer una especie cercana a la humana, o cuasi humana, o simplemente animal:

“Los munducurus, indios del Brasil, dividen el mundo en dos: ellos y los pariwat (todos los demás). Estos pariwat son como salvajina, y también los llaman “animales” cuando hablan de ellos (Murphy). En la isla de Java emplean la misma palabra para “humano” y “perteneciente a nuestro grupo”.²

Los griegos llamaron bárbaros a los que no eran griegos, es decir a los que no hablaban su lengua. Bárbaro debe traducirse realmente como balbuciente. Este concepto es muy general en la historia de la cultura. Los judíos del antiguo testamento llamaron zomzomeos a un pueblo de lengua distinta a la suya (Deut. 2,20). Esta palabra es la traducción exacta de balbuceante. En las lenguas americanas encontramos situaciones similares. Los indios awa (conocidos también como coayqueres) que habitan en la parte occidental de la provincia del Carchi se llaman a sí mismo awa, que significa gente, lo que implica que el resto no lo es. Los indios chachi (conocidos como cayapas) tienen la misma expresión, chachi quiere decir personas. La lengua de los incas se llamaba runashimi, que debe traducirse como lengua de hombres, lo que significa que las otras lenguas deben tenerse como huahuashimi. Es decir como lengua de infantes o balbucientes.

La palabra bobo es un derivado de balbuciente, lo que ahonda el abismo entre el poseedor de una cultura y el extranjero. El otro, no solo es un niño, sino que además es tonto.

Inclusive los nombres gentilicios pueden surgir de una ofensa, cuya base se encuentra en este desprecio al otro por tener una cultura diferente:

*“No olvidemos que los nombres de los pueblos son, por lo general, apodos injuriosos. El nombre de tártaros, por ejemplo, significa perros, y así los bautizaron los chinos. Alemanes, die deutschen significó primitivamente paganos”.*³

Los esquimales, en su propia lengua se llaman inuit, que significa hombres. Los algonquinos y europeos los llamaron esquimales, palabra que significa “comedores de carne cruda”, y con este nombre ofensivo son conocidos en todo el mundo.

A veces estas diferencias se vuelven rivalidades entre países o culturas. Ninguna quiere reconocer como suyas algunas deficiencias o aspectos negativos. La sífilis es llamada en italiano “mal francés”. En Francia la llaman “mal italiano”.

Pero la rivalidad y la exclusión pueden extenderse aún más a las cosas no humanas, las plantas, los animales, la tierra. Durante algún tiempo después de descubierta América se debatió sobre si los animales americanos eran una degeneración en tamaño y en virtudes, de los europeos. Las plantas americanas también fueron mal vistas:

(sobre la papa) “En Irlanda decían que si una mujer embarazada comía papa en la noche, no tenía un hijo normal. En Suiza (...) que la papa producía escrófula. En Rusia (se decía) que no habiéndose mencionado en la Biblia ni la papa ni el tabaco debía considerársela como incesto botánico, encarnación del espíritu del mal. El parlamento de Besanzón considerando que la papa es una sustancia perniciosa y que su consumo podía producir lepra, prohibió, bajo pena de muerte, cultivarla (...) En

la Enciclopedia de Diderot se dice que la papa produce gases en el estómago, pero que esto no tiene ninguna importancia para los campesinos, que son quienes la consumen, porque los pedos no entorpecen su trabajo al aire libre”.⁴

La rivalidad, la violencia, la exclusión y la intolerancia pueden extenderse hasta el mundo de las ideas religiosas. De la tierra, la batalla se traslada a las esferas celestiales. Los dioses perdedores se convierten en demonios. ¡Cuántos templos, ídolos y estatuas de dioses americanos y de otras culturas no fueron destruidos porque se los consideraba como demonios! Mahoma, el profeta de Alá se encuentra en el infierno de Dante. Si los indios americanos hubiesen descubierto y conquistado Europa, Jesús sería considerado como uno más de los demonios que extravía a la gente, y su lugar estaría, naturalmente, en el infierno.

EDUCACIÓN Y VIOLENCIA

La Etología y la agresión

En el período entre las dos guerras mundiales surge en Alemania una nueva ciencia: la Etología. Se considera que su real fundador es Konrad Lorenz. Se puede pensar en la Etología como el estudio comparado de la conducta. Al decir comparado estamos hablando de comparaciones con otros seres vivos. Se puede comparar la conducta humana con la de los otros mamíferos, con la finalidad de extraer valiosísimas conclusiones de los seres vivos. El mismo Lorenz la define así: “la teoría comparativa del comportamiento y la fisiología del comportamiento”.⁵

Dentro del estudio de la conducta entra un factor decisivo en todo estudio etológico, el componente de la agresión. Esta palabra está en nuestra mente cargada de una significación muy negativa. Los etólogos la consideran simplemente como un sinónimo de lucha por la vida. ¿Y quién no lucha por su vida? ¿Quién no se prepara a través

del estudio o de la adquisición de una profesión para defenderse en la vida? Lucha por la vida, defenderse en la vida, he ahí los términos etológicos de la agresión. La agresión no es un mal, es un pretendido mal, como la llama Lorenz. Es la lucha por la supervivencia individual y de la especie. Nadie podrá decir que un gavilán es un animal agresor o malo, en el sentido moral humano. Sus acciones lo único que hacen es procurarle la subsistencia. Es decir, ayudarlo en la lucha por la vida. Esta agresión es espontánea, natural.

“¿Por qué luchan los seres vivos unos contra otros? La lucha es un proceso sempiterno en la naturaleza, y las pautas de comportamiento, así como las armas ofensivas y defensivas que les sirven, están perfeccionadas y se han formado tan claramente obligadas por la presión selectiva de su función conservadora de la especie que sin duda tenemos la obligación de plantear la cuestión darwiniana”.⁶

Pero hay que comenzar reconociendo los primeros planteamientos que sobre la agresión se hicieron en la cultura universal. Fue Freud el primero en hablar del componente agresivo en el interior del espíritu humano. La importancia de Freud en la historia de la cultura universal es quizá tanto como la de Cristóbal Colón. Colón descubrió un continente, un mundo nuevo en el exterior, en la Geografía. Freud descubrió un mundo nuevo en el interior del hombre, un mundo perdido, donde era posible encontrar todo aquello que podía dar una imagen completa del hombre. El ser humano no es solo conciencia y actividad consciente. Es, en proporción mucho mayor, actividad subconsciente y motivaciones inconscientes. Y es en ese mundo descubierto y puesto a la luz de la razón crítica que encontramos la agresión. Quizá las palabras de Freud son, actualmente, algo exageradas; pero no dejan de ser verdaderas en una gran proporción:

“La verdad oculta tras de todo esto, que negaríamos de buen grado, es la de que el hombre no es una criatura tierna y necesitada de amor, que solo osaría defenderse si se le atacara, sino, por el contrario, un ser entre cuyas disposiciones instintivas también debe incluirse una buena porción de agresividad (...) La existencia de tales tendencias

agresivas, que podemos percibir en nosotros mismos y cuya existencia suponemos con toda razón en el prójimo, es el factor que perturba nuestra relación con los semejantes, imponiendo a la cultura tal despliegue de preceptos”.⁷

La Etología ha seguido, un movimiento de exteriorización desde lo planteado por Freud. Este autor vio la agresión entre las motivaciones interiores y síquicas del hombre. La Etología ha trasladado estas motivaciones a la biología y a la conducta. Pero en ambos casos se concibe a la agresión como un verdadero instinto. Los etólogos -y entre ellos Lorenz, naturalmente- hacen frecuentes alusiones a Freud.

“Freud podría enorgullecerse de haber sido el primero en señalar lo autónomo de la agresión, y también en demostrar que la falta de contacto social, sobre todo cuando llega al punto de Liebesverlust (pérdida de amor) eran factores que la favorecían mucho”.⁸

La conclusión de todo esto es que el hombre no debe ser considerado ni como un ángel ni como un demonio. No es ángel porque tiene un cuerpo, que es un componente físico, biológico e instintivo. No es un demonio arrastrado de forma inevitable por la fuerza instintiva y agresiva, porque ha construido la cultura y puede sublimar sus instintos y llegar a amar a aquel que no es él mismo. La cultura es, en fin de cuentas, lo que ha hecho que el hombre deje su estado natural. De este modo resulta que los conceptos de naturaleza y cultura son términos que se oponen.

El paso de la naturaleza a la cultura

El paso de la naturaleza a la cultura debe entenderse como el paso de lo animal a lo humano. Este hecho debió ser tan imponente y grandioso, casi incomprensible para la incipiente mente humana, que casi todas las culturas han visto este paso como un hecho maravilloso, como un acercarse a la divinidad, porque solo los dioses

son los dueños de los bienes culturales, en el principio de la historia de cada pueblo.

Si los dioses son los poseedores y son seres muy distantes de lo terreno, la única forma de apropiarse de esos bienes suele ser mediante un acto delictivo: un robo, un engaño, el quebrantamiento de una norma. Es decir, mediante un acto de violencia y de agresión. Los pueblos han expresado en sus mitologías y sus relatos fundacionales este hecho. El paso de la naturaleza a la cultura se produce por la apropiación o la adquisición de un bien. A veces es el fuego (mito de Prometeo y mitos shuar), otras veces es la capacidad de confeccionar objetos de cerámica o la posibilidad de formar vestidos.

En la Biblia encontramos que el paso de la naturaleza a la cultura se da, por medio de una falta, como era de esperarse; pero esta falta lleva a un doble resultado. Se adquiere un bien moral como es el conocimiento de la diferencia entre el bien y el mal, conocimiento que eleva al hombre a la categoría de los dioses. Pero también se adquiere un bien, propio de la cultura material: el vestuario.

“Dios el Señor hizo ropa de pieles de animales para que el hombre y su mujer se vistieran, y dijo: Ahora el hombre se ha vuelto como uno de nosotros, pues sabe lo que es bueno y lo que es malo”.⁹

Esta es la forma como los pueblos y las culturas pasan -simbólicamente- del estado de la naturaleza a la cultura. Ahora bien, este paso debe darse y se da todos los días en el momento en que nace un niño, nace como un ser absolutamente natural. Entre el parto humano y entre el parto de otro mamífero no existe diferencia, como tampoco la existe entre el recién nacido humano y el de otras especies, y si es que existe alguna diferencia es a favor de los otros seres. Los potrillos pueden ponerse en pie a las pocas horas de nacidos, en cambio el bebé humano es totalmente indefenso y natural. Al niño hay que convertirlo en ser cultural. Es decir, debe realizar su pasaje de la naturaleza a la cultura. Este pasaje se llama

educación.

La historia de los llamados niños lobos muestra que estos niños que fueron abandonados o extraviados por alguna razón tienen una conducta absolutamente natural, que en nada se diferencia de la conducta de otros mamíferos o antropoides.

Todo aprendizaje -y el paso de la naturaleza a la cultura es el principal aprendizaje- tiene un costo en energía, en tiempo, en trabajo. Todo trabajo implica alguna suerte de sacrificio de la parte natural. La educación de esfínteres en los niños, significa una violencia a la naturaleza de los deseos e imposiciones biológicas. El abandono del paraíso de lo natural -el paraíso terrenal de la Biblia- significa necesariamente una dosis de sacrificio. De este modo podemos ir concluyendo que la cultura es un conjunto de elementos que se oponen a la naturaleza y al instinto. La cultura es un conjunto de normas que limitan o quizá eliminan la libertad individual y la libertad natural -la libertad de la que gozan los animales-.

“El niño grita así que nace, y su primera infancia se va toda en llantos. Para acallarle, unas veces le arrullan y le halagan; otras le imponen silencio con amenazas y golpes. O hacemos lo que él quiere, o exigimos de él lo que queremos; o nos sujetamos a sus antojos, o le sujetamos a los nuestros, no hay medio; o ha de dictar leyes o ha de obedecerlas”.¹⁰

Podemos imaginar a la cultura como una enorme telaraña de disposiciones, reglas, prohibiciones. El hombre está atrapado en esta telaraña. Se puede decir que de alguna forma es la víctima; pero en cambio es la única forma de ser humano. La conducta es un conjunto de normas que deben ser acatadas necesariamente. Quien no las acate se vuelve un elemento pernicioso para la sociedad y debe ser retirado y apartado convenientemente para evitar que haga daño con la falta de su acatamiento a las normas.

Imaginemos a un conductor de vehículos. Si desea transitar sin contratiempos ni problemas, debe acatar las normas de tránsito. El

no hacerlo significaría necesariamente daños muy graves para otros seres y para él mismo. La cultura puede ser equiparada a este conjunto de normas. Si una persona quiere desarrollar su vida de forma adecuada, tiene que seguir las leyes de la cultura. No hay otra solución.

Otro ejemplo que bien puede entrar en esta parte es la de la comunicación. Si una persona desea comunicarse con otra debe seguir, necesaria y forzosamente, las reglas de cada idioma. El no hacerlo significaría que la comunicación será imposible. Si un ser humano quiere ser tal, debe estar dentro de la cultura. No existe otro camino.

De modo que el verdadero y primordial contrato social es aquel que significa respetar las normas y vivir dentro de ellas, porque es la única forma de conseguir el estado de ser humano.

Las últimas afirmaciones nos llevan directamente al concepto de libertad. ¿Qué es la libertad? Y más importante todavía ¿existe la libertad?

Rousseau dice: “el hombre nace libre, y en todas partes está encadenado”.¹¹ Hay que entender esta afirmación en el sentido político y económico. De modo que para Rousseau el hombre nace políticamente libre, sin señor ni autoridad. Entonces la libertad sería únicamente un proceso político. En otro texto dice: “el más apreciable de los bienes no es la autoridad sino la libertad. El hombre verdaderamente libre solo quiere lo que puede, y hace lo que le conviene”.¹² Pero vemos aquí ya una disminución del concepto de libertad. La libertad es simplemente ausencia de ataduras tanto físicas como morales o intelectuales. Para Rousseau la libertad ya está limitada al decir que el hombre quiere lo que puede. No. Hay personas que también quieren lo que no pueden o hacen lo que no les conviene. Todas las definiciones de libertad nacen ya constreñidas dentro de la cultura. Es decir, dentro de un conjunto de prohibiciones. El ser humano está limitado física y moralmente. Dentro de lo físico el hombre podría querer volar o correr a mayor velocidad, pero no

puede hacerlo. He ahí ya una primera disminución de la libertad. Luego vienen las otras. Una persona podría tomar lo que es ajeno. Las normas lo prohíben. He ahí otra disminución de la libertad. Las personas que no aceptan estas limitaciones luchan -a su modo- contra las reglas, y se pueden llamar delincuentes.

Pero hay otra clase de lucha. Desgraciadamente no todas las sociedades están organizadas bajo el imperio de la razón y la conveniencia colectiva. En este ambiente

*“un niño puede enfrentarse a sus padres, un ciudadano puede derrocar un gobierno, un creyente puede reformar una confesión religiosa, un estudiante puede atacar a un profesor o destrozar la escuela y un marginado puede prestar su colaboración para destruir una cultura”.*¹³

De modo que hace falta un mejor concepto de libertad o un concepto que se autolimita. No hay libre albedrío. Ninguna persona puede desconocer la existencia de normas sociales. Así como el hombre ha cedido parte de sus instintos a la cultura, así también tendrá que ceder una parte importante de su libertad a favor de la cultura. Esta cesión de parte de sus derechos tiene una parte positiva, lo que pierde en libertad lo gana en seguridad y productividad.

Así podemos llegar a lo siguiente. Liberad es la capacidad de acción de una persona dentro de las normas de una cultura.

Toda educación es un ejercicio de violencia

Si tomamos la palabra violencia y buscamos sus posibles antónimos, podremos encontrar términos como los siguientes: Dulzura, suavidad, calma, justicia, acatamiento.

Y, en cambio, si buscamos sinónimos para violentar, podremos encontrar lo siguiente: forzar, vulnerar, atropellar, obligar.

Ya habíamos visto, en las líneas anteriores, cómo, según nuestro punto de vista, no existe libertad ni libre albedrío. Si el hombre vive en alguna clase de grupo o cultura -y no existe forma de que viva fuera- está sujeto y de alguna forma maniatado por los códigos de comportamiento social. No existe libertad. Si en mi libertad y mi ánimo estuviera el cruzar con el semáforo en rojo o escupir en la mesa delante de los invitados, ¿podría hacerlo? Sí. Se podría hacer, porque sería expresión legítima de mi voluntad, pero las normas lo prohíben, y esas normas son, en muchas ocasiones, normas de coacción, de prohibición. La sociedad y la cultura educan en lo que se puede hacer y en lo que no se debe hacer.

Ya en los diez mandamientos de la religión cristiana se encuentran estas normas bajo el estilo de prohibiciones: no matarás, no robarás, etc. De modo que se puede percibir como que es absolutamente necesario para (y por) la naturaleza del hombre el tener controles y prohibiciones para que pueda desarrollar su vida dentro de la cultura. La historia de paraísos perdidos y de culturas sin violencia ni agresiones y sin alguna clase de control social y coercitivo no pasa de ser una fábula. Ya lo manifestó Freud:

“Dicen que en regiones muy felices de la Tierra, donde la naturaleza ofrece paradójicamente cuanto el hombre necesita para su subsistencia, existen pueblos cuya vida transcurre pacíficamente, entre los cuales se desconoce la fuerza y la agresión. Apenas puedo creerlo, y me gustaría averiguar algo más sobre esos seres dichosos”¹⁴

Todo lo que es obligatorio va en contra de lo que es voluntario e implica forzosamente una dosis de violencia. La educación es un asunto obligatorio. Los padres y apoderados legales de los menores sienten que es un deber el educarlos y enviarlos a una escuela. La constitución de muchos países ha incorporado a su cuerpo legal la educación como un elemento obligatorio. Sí. Educarse es ley. Y si es ley significa que el ciudadano debe acatarla educándose o enviando a sus hijos a la escuela. La Constitución Ecuatoriana en vigencia dice textualmente lo siguiente:

Art. 67.- “La educación pública será laica en todos sus niveles; obligatoria hasta el nivel básico, y gratuita hasta el bachillerato o su equivalente”.¹⁵

Es frecuente que los adolescentes no quieran asistir al colegio, porque no les gusta, porque no les interesa, porque preferirían estar con sus amigos en otro tipo de actividades; sin embargo existe una presión y una obligación de asistir. Quizá este hecho sea la explicación de la conducta de algunos adolescentes contra las instituciones educativas. Si la ven como el sitio de un confinamiento temporal y diario, lo natural es que traten de causarle daños. A una prisión no se la ama.

Para ser verdadera ley esto que exige la Constitución, debería tener su contrapartida en la punición, porque quien no acata la ley debe estar reducido a prisión o sufrir alguna suerte de castigo; sin embargo en ninguna parte de los códigos penales existe una disposición para quienes no cumplan con hacer viable la obligatoriedad de la educación. Aunque esto es así, podemos percibir que sí existe un aspecto de castigo social en los infractores. Y son los hijos quienes sufren el castigo. Porque una persona que no se ha educado culpa después a sus padres del daño que le han causado.

Viéndola de este modo la educación es una violencia necesaria. Se parece en este sentido a la vacuna que se administra a los niños. Bien sabemos que una vacuna implica la introducción de formas atenuadas del mal en un cuerpo sano. Es decir una agresión voluntaria y premeditada. Esta inoculación suele causar reacciones cercanas a la enfermedad. Es decir, de alguna manera, a un ser sano lo enfermamos temporalmente, con la finalidad de que más tarde no sufra la auténtica enfermedad.

La educación es la vacuna de la sociedad. Si una cultura aspira a permanecer y continuar debe educar. Sin educación habría ruptura y discontinuidad entre las generaciones, de modo que el paso de conocimientos y tradiciones culturales quedaría interrumpido. La educación implica una especie de violencia necesaria para el bien social.

Quienes, con desconocimiento de la naturaleza humana, creen que la educación es un acto de libertad, están completamente equivocados. La educación es el aprendizaje de cómo debemos movernos dentro de la telaraña de normas y prohibiciones. La educación de buenos modales implica coerción y corrección.

Hace algún tiempo apareció una tendencia pedagógica de la tolerancia y de la educación sin frustraciones. Creían estas personas que el ser humano era naturalmente bueno y que no había que contrariarlo en su formación para no dañar su integridad personal. Pero Lorenz echó por la borda todas estas absurdas fábulas:

*“De esta idea, justa en sí, han sacado muchos maestros norteamericanos la falsa consecuencia de que bastaría evitarles todas las frustraciones o decepciones y darles gusto en todo para que los hijos fueran menos neuróticos, mejor adaptados al medio, y sobre todo, menos agresivos. Pero un método norteamericano de educación basado en una de tales hipótesis sirvió únicamente para demostrar que la pulsión agresiva, como tantos instintos surge “espontáneamente” en el corazón del hombre (...) hace años, un colega norteamericano muy considerado que laboraba como huésped en nuestro instituto, quiso quedarse tres semanas más, no por razones científicas, sino sencillamente, y sin comentarios, porque su mujer había invitado a su cuñada a la casa, y los tres hijos de la cuñada eran del tipo “sin frustraciones”.*¹⁶

En toda agrupación debe existir alguna clase de control. Es la premisa para el funcionamiento y para la subsistencia. Aun en el reino animal se puede observar el cumplimiento de normas. Las manadas obedecen a un jefe. Las bandadas siguen una misma dirección. El control en sí mismo no es malo, aunque muchas veces sea y haya sido mal usado en la historia de la humanidad. El control es lo contrario de la libertad, de modo que quienes dicen amar la libertad y quienes escriben sobre ella y la defienden creen que se debe luchar contra cualquier forma de control, porque supuestamente estaría en oposición a la libertad individual.

“Lo que suele olvidar este tipo de razonamiento por generalización es aquel tipo de control que no tiene consecuencias aversivas de ninguna clase. Muchas prácticas sociales esenciales para el bienestar de la especie, implican y exigen el control de una persona por parte de otra, y nadie que tenga una dosis mínima de interés en el progreso humano puede suprimir ese género de control (...) El problema no estriba en liberar al hombre de todo control, sino de ciertas clases de control”.¹⁷

Un razonamiento muy cercano al de Lorenz y al de Skinner (transcritos arriba) lo encontramos ya en Rousseau, que ha sido para muchos el pedagogo de la libertad y de la naturalidad. Respecto de la educación en total libertad y sin frustraciones expresa lo siguiente:

“¿Sabéis cuál es el medio más seguro de hacer miserable a vuestro hijo? Acostumbrarle a conseguirlo todo, porque como crecen sin cesar sus deseos con la facilidad de satisfacerlos, tarde o temprano os precisara la impotencia al que os pese, a venir a una negativa; y no estando acostumbrado, esta le causará más tormento que la privación de lo mismo que desea”.¹⁸

La sola existencia de alguna clase de autoridad implica una suerte de violencia, por la sumisión que implica necesariamente su existencia. Porque si es que existe autoridad, existe también alguien que es subordinado y dependiente, obediente e inferior en el plano de la jerarquía. La existencia de alguna clase de orden significa también una especie de violencia, porque no permite que las personas ejecuten sus deseos como los desean y cuando los desean. Pero si esto es así, hay que reconocer también con ello, que la cultura está en el orden y no en el caos.

El mantenimiento de la tradición de cada cultura significa una violencia. Si la educación no fuera obligatoria se perdería muchísimo tiempo, en términos sociales e individuales, porque habría personas que aprenderían a leer a los 25 años, cuando su voluntad así lo

señalara, y otros que nunca lo harían, porque no verían la necesidad de aprender algo, ni siquiera un oficio, porque bien se podrían dedicar a actividades ilícitas donde casi no se necesita de un aprendizaje de tipo escolar.

Todos estos planteamientos deben llevarnos a formular para la sociedad un nuevo contrato social en educación. Este nuevo contrato debe implicar, necesaria y conscientemente el reconocimiento del carácter coercitivo de algunos aspectos de la educación -sea educación en la escuela o en la casa-; pero que es ese carácter de obligatoriedad y de coacción el que permite la subsistencia y el progreso del ser humano. No existe otro camino.

Violencia entre los actores y con los escenarios

En el idioma mismo podemos encontrar estas manifestaciones de violencia de las que venimos hablando. Los padres mandan a sus hijos a la escuela. Esta frase significa que no existe posibilidad de no obedecer. Mandar es obedecer, y quienes manda son autoridad. Las escuelas y los colegios mandan deberes. He aquí otro aspecto de lo impositivo. La palabra deber, que es un elemento omnipresente en la vida estudiantil significa, según el diccionario: “aquello a que está obligado el hombre por los preceptos religiosos o por las leyes naturales o positivas”.¹⁹ Esto como sustantivo. Como verbo: “Estar obligado a algo por la ley divina, natural o positiva”.²⁰

Si trasladamos estos conceptos al campo educativo, tenemos que un deber es aquello a que está obligado el estudiante por los preceptos sociales de la educación. Y no solo eso, la presencia de la educación conlleva a toda una serie de limitaciones y constreñimientos que violan claramente la libertad. Los padres tienen que acostar pronto a sus hijos, tienen que levantarlos, a veces con cierta dosis de verdadera violencia, para que asistan a la escuela. El hecho de reunir físicamente a 40 ó 50 adolescentes en un mismo local y a una misma hora significa coartar la libertad, porque si se hiciera una encuesta sobre este tema se podría ver que quizá una mayoría preferiría estar

en otro sitio y no en un colegio y recibiendo clases. El hecho del ingreso a un centro educativo, sobre todo cuando se trata de los niños que van a su primer año es visto como un horrible ejercicio de violencia, como una separación dolorosa. Por eso se puede ver en esos días a las madres en llanto porque se separan de sus hijos, a los hijos, en lamentos porque se separan de sus padres. Si esto no es alguna clase de violencia, entonces no sé que cosa será la violencia.

Sobre este tema tenemos una magnífica descripción literaria de lo que significa el ingreso a una escuela, de la pluma del escritor cuencano Alfonso Cuesta y Cuesta:

“A la puerta del Instituto, grupos de pares de familia esperan el turno para presentar a sus hijos al Hermano Director. Uno de ellos ya no puede con su hijo primerizo, como de siete años, que patalea y chilla, debatiéndose entre sus brazos. Cada hermano que pasa le asusta como un oso... y grita más”.²¹

La letra con sangre entra

Esta especie de refrán sangriento y cruel podía ser oído en nuestro medio, como una señal de que todo proceso educativo llevaba implícita una fuerte dosis de violencia física y castigo. La historia de la escuela ha estado, por mucho tiempo, teñida de esta mala forma de violencia. Pero lo que hay que reconocer es que esta historia no ha tenido solo a una clase de verdugos. Las víctimas y los agresores han estado y están en todos los bandos. Lo usual suele ser recordar o explotar la violencia que ejercen los docentes en contra de los educandos. Es cierto -nadie podrá negarlo jamás- que hay y ha habido violencia y agresión física de los docentes. Hay castigos, marginaciones y otras formas de represión que se realizan en contra de los estudiantes. No entraremos en el análisis de las razones para estos hechos. Quizá quepa señalar una razón para esta forma de violencia: la escuela tiene un público cautivo. Nadie puede escoger libremente educarse o no. Y una vez que ha ingresado a una institución no puede escoger libremente el aula a la que desea asistir

ni el profesor que debería guiarlo.

Si los estudiantes pudieran escoger el momento, la institución y el maestro las cosas serían diferentes. En la literatura universal hay un buen número de muestras de estas formas de violencia. Para ejemplificar traemos lo siguiente:

“Supe que el señor Creakle no exageraba al afirmar él mismo que era un tártaro; me aseguraron que era imposible imaginar hombre más duro y severo que él; que no pasaba día sin que castigase por su mano a los alumnos que cometían alguna falta; Steerforth añadía que esta era su única ciencia, pues para todo lo demás era tan ignorante como el más ignaro de sus discípulos (...)

Os aconsejo que os ocupéis con celo en vuestras lecciones, porque yo me ocuparé en vuestro castigo. No me dejaré conmovér. Aunque frotéis el sitio donde os alcance cualquiera de mis golpes, no lograréis borrar la señal que deje en vuestras carnes (...)

De pronto, el señor Creakle llama a algún desgraciado, culpable de haber resuelto mal alguno de sus problemas. El pobre niño avanza medroso y balbucea excusas, prometiendo hacerlo mejor al día siguiente. El señor Creakle se permite alguna bufonada antes de pegarle, y nosotros, pobres perritos sumisos, reímos; reímos pálidos como la muerte y con el cuerpo tembloroso (...)

*En un colegio donde reina un sistema de bárbara crueldad, por mucho que sea el mérito de quien lo dirige, no hay peligro de que se pueda aprender mucho. En general, los alumnos de Salem-House no sabían absolutamente nada; eran demasiado frecuentes los malos tratos para que pudieran aprender algo”.*²²

Las formas de violencia dañina y cruel aparecen también en el trato entre los mismos estudiantes. ¿Acaso no existen formas de agresión que se dan en las llamadas fiestas de bautizos de novatos o chúcaros? En estas “fiestas” se obliga a los primerizos a ejecutar ciertas acciones que suelen ir desde lo nauseabundo hasta lo

indecoroso. Existen, además formas de violencia contra los estudiantes de otras instituciones. En nuestro medio los campeonatos deportivos suelen degenerar, a veces, en verdaderas peleas campales con heridos y contusos de lado y lado. Pero esto que parece ser historia reciente y vivida por muchos de nosotros, tiene, en realidad antecedentes de mucha data en la historia de la educación y las relaciones pedagógicas.

Ya en los tiempos de San Agustín (siglo IV) los estudiantes generaban violencia hacia los otros compañeros. En Las Confesiones podemos encontrar fragmentos en los cuales el Santo se queja de la mala conducta de los discípulos:

*“Es verdad que andaba con ellos y me gozaba a veces con sus amistades, pero siempre aborrecí sus hechos, esto es, las calaveradas con que imprudentemente sorprendían y ridiculizaban la candidez de los novatos, sin otro fin que el de tener el gusto de burlarles y apacentar a costa ajena sus malévolas alegrías”.*²³

Y más adelante en el tiempo también encontramos testimonios literarios de las crueles e inhumanas y hasta asquerosas acciones de unos estudiantes contra otros, hechas con el único fin de burlarse de los desventurados primerizos. El texto es del inmortal Francisco de Quevedo. Quizá haya alguna dosis de exageración en el mismo, debido a las intenciones humorísticas y satíricas del autor; pero la mayor parte de la historia debe ser verdadera y debe recoger la descripción de prácticas usuales en los centros educativos españoles y europeos.

“Entré en el patio, y no hube metido bien el pie cuando me encararon y comenzaron a decir: “¡nuevo!”. Yo, por disimular, di en reír como que no hacía caso; mas no bastó, porque llegándose a mí ocho o nueve, comenzaron a reírse. Púseme colorado, ¡nunca Dios lo permitiera!, pues al instante se puso uno que estaba a mi lado sus manos en las narices, y apartándose dijo: “Por resucitar está este Lázaro, según hiede”

y con esto todos se apartaron tapándose las narices. Yo que me pensé escapar, también me puse las manos y dije: "Vs, ms. Tienen razón, que huele muy mal". Dioles mucha risa, y apartándose, ya estaban juntos hasta ciento. Comenzaron a escarbar y tocar el arma; y en las toses y en el abrir y cerrar de las bocas vi que se me aparejaban gargajos. En esto un manchegazo acatarrado me hizo alarde de uno terrible, diciendo: "Esto hago". Yo entonces, que me vi perdido, dije: "Juro a Dios que me la..." Iba a decirle, pero fue tal la batería y la lluvia que cayó sobre mí, que no pude acabar la razón (...) Estaba ya nevado de pies a cabeza; pero un bellaco, viéndome cubierto y que no tenía en la cara cosa, arrancó hacia mí, diciendo con gran cólera: "Basta, no le matéis". Yo, que, según me trataban, creí de ellos que lo harían, destapé por ver lo que era, y al mismo tiempo, el que daba las voces me enclavó un gargajo entre los dos ojos".²⁴

Pero si en un drama hay actores, es posible que la violencia involucre a todos ellos. Sí. Se ha centrado el interés y la crítica en la violencia generada desde los docentes hacia los educandos; pero también los docentes han recibido muchas veces la violencia de parte de los estudiantes. Y hay muchas formas de violencia. Están desde aquellas que ocurren en los cursos demasiado numerosos. Alguien, solapado en lo grueso del número se siente impune para molestar al profesor o para hacer imposible el desarrollo de una clase. La clase en conjunto puede volverse insoportable y díscola. ¡Cuántas veces ha ocurrido esto sobre todo con los profesores principiantes! Han existido casos de profesores que han tenido que renunciar antes que seguir sometidos a la vejación de los alumnos. Están también los casos de violencia y amenaza de los estudiantes y de los padres de familia, que llegan al extremo de amenazar con daño físico al profesor que ha suspendido a alguien en un examen, por copiar o hacer alguna clase de fraude. Esas son historias de la vida real en nuestro medio, y son, naturalmente formas de violencia y de agresión que se ejercen sobre los docentes. Sin embargo la denuncia puede tener peso si uno va a los documentos de la historia. Y es nuevamente San Agustín quien nos muestra las formas de violencia que un profesor de su

tiempo podía sufrir:

“Porque mi determinación de ir a Roma no fue por ganar más ni alcanzar mayor gloria (...) sino la causa máxima y casi única era haber oído que los jóvenes de Roma eran más sosegados en las clases, merced a la rigurosa disciplina a que estaban sujetos, y según la cual no les era lícito entrar a menudo y turbulentamente en las aulas de los maestros que no eran los suyos, ni siquiera entrar en ellas sin su permiso; todo lo contrario de lo que sucedía en Cartago, donde es tan torpe e intemperante la licencia de los escolares que entran desvergonzada y furiosamente en las aulas y trastornan el orden establecido por los maestros para provecho de los discípulos (...)

Mas al punto advertí que los estudiantes de Roma hacían otras travesuras que no había experimentado con los de Cartago. Porque si era verdad, como me habían asegurado, que aquí (Roma) no se practicaban aquellas trastadas de los jóvenes perdidos de allí (Cartago), también me aseguraban que aquí los estudiantes se concertaban mutuamente para dejar de repente de asistir a las clases y pasarse a otro maestro, con el fin de no pagar el salario debido”.²⁵

Y aún falta la consideración de una nueva forma de violencia que practican los estudiantes; pero esta vez dirigida hacia la Institución como entidad física. ¿Quién no ha visto en las escuelas y colegios de nuestro medio, leyendas y dibujos ofensivos contra los compañeros, contra los profesores y contra la institución? ¿Quién no ha conocido de robos y rotura de bienes de la institución? En las bibliotecas suelen desaparecer las fichas, se las roban a puñados, arrancan las páginas y mutilan los libros.

Si no hay una vigilancia y un control constantes las cosas suelen derivar fácilmente hacia la violencia y la actitud hasta delictivas.

Sí. Es verdad que hay con frecuencia malas relaciones entre los actores de la educación. El mismo Rousseau decía:

“Mira el discípulo al maestro como el azote de la niñez; el maestro no considera en el discípulo más que una carga pesada, y solo ansía verse libre de ella; así de consuno aspiran a zafarse uno de otro; y como nunca hay entre ellos verdadero cariño, el uno tendrá poca vigilancia y menos docilidad el otro”.²⁶

Si la letra con sangre entra ¿cómo saldrá la letra?

Sabemos que hay, con frecuencia, malas relaciones entre los actores de la educación. Por eso habíamos planteado en el texto anterior que la pedagogía podía ser simplemente una rama de las relaciones humanas, aplicadas estas, al aula. Y para que funcionen bien las relaciones se necesita del concurso de todos los actores. Quizá esta búsqueda de las mejores relaciones posibles se la pueda encontrar en un clásico de la niñez y de la pedagogía, en Corazón, de Edmundo de Amicis:

“Escuchad: hemos de pasar juntos un año. Procuremos pasarlo lo mejor posible. Estudiad y sed buenos. Yo no tengo familia. Vosotros sois mi familia. El año pasado todavía tenía a mi madre: se me ha muerto. Me he quedado solo. No tengo en el mundo a nadie más que a vosotros (...) Os quiero bien y es preciso que me correspondáis en igual forma”.²⁷

Pero aun si el sistema es violento y agresivo en el mal sentido de la palabra, todavía queda una posibilidad para que los educandos puedan salir adelante y sin muchas lastimaduras.

El concepto pertenece al campo de la ingeniería y la resistencia demateriales. Se llama Resiliencia, y se la define como la capacidad de un material de volver a retomar sus características originales luego de haber sido sometido a deformaciones. ¡Cuántos casos hay de niños y adolescentes sometidos a influencias negativas o destructivas que pueden salir adelante! Esto es efecto de la resiliencia. El ser humano que tenga ideales y voluntad de conquistar una meta

podrá retomar sus metas y sus sueños, a pesar de todas las oposiciones del medio. Hay gente que triunfa, incluso en medio de las adversidades. Eso es resiliencia. Entonces hay que tratar de educar en la conquista de metas, en la formación de ideales y de voluntad para conquistarlos.

NOTAS

1. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. Diccionario de autoridades. Madrid. Imprenta de Francisco del Hierro. 1726. 928 p. T. I.
2. EIBL-EIBESFELDT, Irenaus. Amor y odio. Barcelona. Salvat. 1976. 249 p. pág. 98.
3. NIETZSCHE, Federico. La gaya ciencia. Medellín. Editorial Bedout. 1974. 206 p., pág. 104.
4. ARCINIEGAS, Germán. América en Europa. Bogotá. Círculo de lectores. 1984. 286 p. pág. 280.
5. LORENZ, Konrad. Sobre la agresión: el pretendido mal. México. Siglo XXI editores. 1986. 342 p. pág. 3.
6. LORENZ, Konrad. Sobre... Op. Cit. pág. 61.
7. FREUD, Sigmund. El malestar en la cultura. Cuenca. Universidad del Azuay. 2001. 112 p., págs. 51 y 52.
8. LORENZ, Konrad. Sobre... Op. cit. pág. 61.
9. La Biblia. Génesis 3, 21-22.
10. ROUSSEAU, Emilio. México. Editora Nacional. 1967. 339 p. pág. 20.
11. ROUSSEAU, Emilio. El contrato social. Quito, Guayaquil. Ariel Universal. s/f. 140 p., pág. 13.
12. ROUSSEAU, Emilio. Op. cit. pág. 71.
13. SKINNER, Burrhus. Más allá de la libertad y la dignidad. Barcelona. Salvat. 1987. 206 p., pág. 28.
14. FREUD, Sigmund. El malestar... Op. cit. pág. 99.
15. CONSTITUCION POLITICA DEL ECUADOR, sin editorial ni fecha de edición.

16. LORENZ, Konrad. Sobre... Op. cit, pp. 15 y 16.
17. SKINNER, Burrhus. Más allá... Op. cit. pp. 39 y 40.
18. ROUSSEAU, Emilio. Op. cit., pág. 75.
19. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. Diccionario de la lengua española. Madrid. 1992. Espasa Calpe. 2133 p., pág. 664.
20. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. Diccionario. Op. cit., pág. 664.
21. CUESTA y Cuesta, Alfonso. La medalla. Quito. Editorial El Conejo. 1984. 147 p., pág. 107.
22. DICKENS, Carlos. David Copperfiel. México. Editorial Porrúa. 1980. 544 p., pp. 60,62,66.
23. SAN AGUSTIN. Confesiones. Quito. Librería Espiritual. 1998. 428 p., pág. 59.
24. QUEVEDO, Francisco. Historia de la vida del buscón. Madrid. Espasa Calpe. 1976. 148 p., pág. 35.
25. SAN AGUSTIN. Confesiones. Op. cit., pp. 114 y 122.
26. ROUSSEAU, Emilio. Op. cit., pág. 28.
27. AMICIS, Edmundo de. Corazón. Bogotá. Círculo de lectores. 1991. 271 p., pág. 9.